

Rodolfo Walsh

LOS OFICIOS TERRESTRES

En la más temprana y cenicienta luz del mes de junio, después de la misa y la escuálida ceremonia del café con leche tibio en el tazón de lata que mantenía con vida al pueblo todas las mañanas, el cajón de la basura se alzaba tan alto, poderoso y pleno en la leñera, detrás de la cocina y frente al campo, que el pequeño Dashwood empezó a bailotear y patear el suelo e incluso las tablas del cajón con un ataque torrencial de furia mientras gritaba "Me cago en mi madre", cosa que al fin multiplicó su dolor, cólera y vergüenza, porque amaba a su madre por encima de todas las cosas y la extrañaba cada, cada noche cuando se acostaba entre las sábanas heladas oyendo lejanos trenes que volvían a su casa y lo partían en dos, una mano acariciante y un lloroso cuerpo defraudado.

Pero el Gato meramente ladeó la boca, prendió un pucho y apoyó el largo cuerpo contra la pared, vigilándolo con una ambigua sonrisa que resbaló sobre el pequeño Dashwood como un pincel pintándolo amarillo de burla y desprecio y desquite largamente postergado.

Era el día siguiente al de Corpus Christi, el año 1939, cuando como es sabido el sol se alzó sin obstáculos ni interrupciones a partir de las 6.59, cosas que ellos no vieron, ni les importaba, ni resultaba creíble, porque esa luz enferma yacía desparramada sobre los campos en jirones lechosos o flotaba entre los árboles en espectros y penitentes de niebla.

En amaneceres más claros, un horizonte de vascos lecheros, negros, ágiles y vociferantes detrás de las grandes vacas y su aterida cría, se recortaba contra el cielo en los fondos del campo que la caritativa Sociedad de Damas de San José nunca se resignaba a vender —aunque cada año recibía una oferta más ventajosa— porque en su centro se alzaba alto y desnudo el edificio que ellas mismas construyeron en los años diez para el colegio de pupilos descendientes de irlandeses.

La caritativa Sociedad nos amaba, un poco abstractamente es cierto, pero eso es porque nosotros éramos muchos, indiferenciados y grises, nuestros padres anónimos y dispersos, y en fin, porque nadie sino ella pagaba por nosotros. Pero el amor existió, y de ahí que las Damas en persona vinieran a celebrar con nosotros el día del Cuerpo de Cristo, trayendo consigo al auténtico obispo Usher, que era un hombre santo, gordo y violeta, y ojalá siga siéndolo si no fue sometido contra su voluntad a una de esas raras calamidades que ocurren justamente a cada muerte de un obispo.

El obispo Usher celebró los oficios divinos y después gozamos de un día de afecto casi personal con las Damas, que se desparramaron por el edificio como una banda de cotorras alegres y parlanchinas, queriendo ver todo al mismo tiempo, acariciando tiernamente la cabeza más pelirroja o más rubia y haciendo preguntas extrañas,

verbigracia quién construyó el palacio de Emania en qué siglo y qué le ocurrió finalmente a Brian Boru por rezar de espaldas al combate. Curiosidad que originó ese pintoresco pareado de Mullahy, que conocía las reglas del arte poética:

Oh Brian Boru I shit on you!

Pero estas preguntas que sólo el padre Ham podía responder, y no respondió, mientras se ponía cada vez más colorado y sus ojos perforaban su propia máscara de sonriente compromiso, disparando sobre nosotros una oscura promesa de justicia que vendría apenas las Damas dejaran de ser tan encantadoramente tontas y entrometidas, es decir mañana, queridos hijos míos. Aquellas piadosas señoras, sin embargo, no tomaron nuestra ignorancia a mal, sino como excusable condición de nuestra tierna edad. Y apenas el padre Ham restableció su prestigio demostrando que alguno de nosotros podía sumar quebrados en el pizarrón, ellas recordaron que la fiesta era de guardar, y declarándose enteramente satisfechas de nuestra educación, propusieron suspender la clase, a lo que el padre Ham accedió enseguida aunque sin apagar los fuegos de la mirada: esa pequeña peste de fastidio puesta en cada ojo. Salimos pues, vestidos de azul dominical, al patio de piedra cuyos muros crecían altos hacia el cielo, y jugamos al dinenti y la bolita bajo la mirada cariñosa de las Damas hasta que llegó la hora del almuerzo y entramos en fila al comedor donde dimos gracias al Señor por éstos tus dones y nos sentamos a las mesas de mármol.

Allí ocurrió el milagro.

El primero que entró encabezando el equipo de seis que servía las mesas fue Dolan, con una bandeja de asado tan enorme que apenas podía sostenerla, y detrás de él vinieron los otros con nuevas bandejas de asado y montañas de ensalada de porotos, y ya Dolan sacerdote de hecatombes regresaba más cargado que antes con los brazos más abiertos como dibujando un himno de victoria.

Nos refregábamos los ojos. Allí había comida para mantenernos con vida una semana, según los criterios comunes. De modo que empezamos a comer y comer y comer, e incluso el celador que llamábamos la Morsa traicionó en la cara un trasluz de escondido jolgorio mientras nos miraba hundir los dientes en la carne que chorreaba su tibia grasa dorada sobre cada extática sonrisa. Transfigurábamos la memoria del hambre, besábamos la tierra en la tierra harina de cada lúmula blanca, cada transparencia de lechuga, cada fibra memorable a sangre. Pero después, hilera tras hilera de botellas de limonada se asentaron en las mesas, y cuando ocurrió esa cosa extraordinaria, ni siquiera la presencia temible de la Morsa pudo impedir una espontánea demostración del pueblo que se alzó en una ola repentina desde las mesas blancas, aclamando a las queridas Damas, y arriba cada brazo, y abajo, y arriba nuevamente aclamando a la querida sociedad, y nuevamente abajo, arriba, aclamando a la Morsa propiamente dicha, las voces concertadas sonando como el trueno el viento o las rompientes en su libre admisión de felicidad y de justicia sentida en las entrañas. Y la Morsa tragó saliva y abrió la boca como si fuera a decir algo, mostrando así los dos enormes dientes por los cuales era mal nombrado, presa esquiva de la contradicción, aclamado a través de la injuria.

En ese momento, afortunadamente para todos, la gran forma violeta del obispo Usher llenó la puerta, seguida por la forma esquelética nudosa increíblemente alta del padre Fagan, el rector, a quien apodábamos Techo de Paja por el pelo albino que peinaba simétricamente a los costados de su larga cara de caballo. Y cuando todos

volvieron a sentarse y reinó el silencio, el obispo dio un paso al frente y cruzando las manos anilladas y manicuradas sobre el vasto vientre,

—Bueno, muchachos —dijo—, me alegra comprobar que tienen estómagos tan capaces, y solamente espero que no sea necesario usar la sal inglesa que guardamos en la enfermería, detonando una enorme explosión de risa

—cosa que sería de mal gusto, renovada en círculos de incontrolable camaradería, espasmódicos movimientos de pura alegría física que arrancaron lágrimas a los ojos de los más emocionados.

—sin mencionar su dudoso patriotismo.

Y ahora el pueblo entero volvió a alzarse en un solo impulso de amor y de adhesión, aclamando para siempre al querido obispo Usher, que lentamente alzó la regordeta y anillada mano pidiendo a todos que volvieran a sentarse, y componiendo lentamente los rasgos de la cara como si fuese una prenda de vestir donde cada pliegue debe estar en su lugar, que era ya el lugar del orden y de un poco de silencio, por favor.

—Mucho me alegra —dijo— comprobar el magnífico aseo, limpieza y esmero que reinan en este colegio. Aquí vuestro rector me dice que todo es obra de ustedes, que ustedes limpian y lavan y secan y lustran y barren y cepillan los zapatos y hacen las camas y sirven las mesas. Así es como debe ser, porque ninguno de nosotros nació en cuna de seda, y cada hombre honrado debe aprender sus oficios terrestres, y cuanto antes mejor, para ser independiente en la vida y ganarse el pan que lleva a la boca, como nosotros mismos debemos ganarlo, el padre Fagan y yo que les hablo celebrando los oficios divinos y cuidando de vuestros cuerpos y de vuestras buenas almas. Trabajando y estudiando como ustedes hacen, y no olvidando el respeto y la devoción debidos a Nuestro Señor, serán buenos ciudadanos y dignos hijos de vuestra raza, vuestro país y vuestra Iglesia.

Dicho lo cual viró con la majestad de un viejo galeón y se fue viento en popa, pero aun antes que se extinguiera el eco de los últimos aplausos, el pueblo lanzó un asalto general contra los restos del asado, envolviéndolos en pañuelos o pedazos de papel e incluso en los bolsillos desnudos arruinando más de un traje dominguero —lo que venía a ser un comentario o pronóstico sobre la escasez de los días futuros— hasta que la Morsa reprimió a los más recalcitrantes con un par de bofetadas. Pero aun este episodio fue olvidado cuando entraron los secuases de Dolan con cestas de naranjas y bananas amarillas delicadamente matizadas de violeta y dulcemente perfumadas.

Por la tarde, tras el forzado descanso que el festín impuso, hubo un partido de fútbol en que los dos equipos batallaron fieramente por quedar grabados en el corazón de las Damas, especialmente Gunning, que treinta años más tarde sigue figurando en zonas de la antigua memoria, recortando el oro a la luz de un sol largamente ido, en ese momento único de la chilena que dio a su equipo un aullante triunfo: las piernas en el aire, la cabeza casi rozando el suelo, el botín izquierdo disparando hacia atrás aquel tiro tremendo que entró silbando entre los postes enemigos.

Pero aun mientras esta gloriosa fiesta progresaba, tristeza caía del aire, porque sabíamos que el tiempo se acortaba y que las queridas Damas se irían antes del anochecer, dejándonos de nuevo desmadrados y grises, su-perfluos y promiscuos,

bajo la norma de hierro y la mano de hierro. Así ocurrió, y las miramos irse desde las ventanas de los estudios y los dormitorios, saltando sobre el césped verde como pájaros multicolores, agitando las manos y tirando besos entre las oscuras araucarias del parque. ¡Maravillosas Damas! Alguna de ellas, tal vez, era hermosa y joven, y su imagen solitaria presidió esa noche encendidas ceremonias de oculta adoración en la penumbra de las frazadas, y así fue amada sin saberlo, como tantas, como tantos. Ese efluvio de amor que subía de las camas en movimiento llenó el enorme dormitorio, junto —es cierto— con el acre olor que evocaba las montañas de porotos y sus recónditas transformaciones, enloqueciendo de tal manera al celador O'Durnin que abandonó el lecho enmurallado de sábanas y empezó a rugir, correr y patear, arrancando a los presuntos culpables de su ensimismamiento, acaso del sueño, y batallando por así decir con una invencible nube espiritual.

Los últimos en dormirse oyeron acercarse la lluvia que caminaba sobre las arboledas, sintieron tal vez el olor a tierra mojada, vieron los vidrios encenderse de relámpagos y gotas. Pero ya el grueso del pueblo descansaba, parapetado contra el amenazante amanecer.

Y ahora el Gato, apoyado contra la pared de la leñera, fumaba con una sonrisa de desdén mientras el pequeño Dashwood saltaba y maldecía el cajón de la basura, que debía llevar por primera vez y que nunca había estado tan lleno con los restos de la fiesta: huesos pelados y porotos blanquecinos, compactos bloques de sémola que nadie comió en la cena, colgantes cascaras de naranjas y bananas y, coronándolo todo como un insulto, un botín de fútbol con la suela abierta, lengua flanqueada por dientes de hierro. Dashwood mentalmente pesó todo esto contra la invasora, angustiada certeza de que nunca, nunca podrían llevar la enorme carga al basural que estaba, tal vez, a quinientas yardas de distancia, tras los X empapados campos, caminos y distante hilera de cipreses. Pero entonces el Gato tiró el pucho, lo aplastó y mirando a Dashwood desde los amarillos ojos entornados al acecho,

—Vamos, pibe —dijo, agarrando el lado de la izquierda y tomando con la derecha la dura manija de cuero.

Dashwood estaba gordo. Su último oficio terrestre había consistido en servir durante un mes la mesa de los maestros, que era una mesa poblada y diferente donde pudo —a costa de perder el fútbol después del almuerzo y recreo después de la cena— devorar monumentales guisos, conocer exóticas salsas y hasta embriagarse a medias con largos y furtivos tragos de vino, sin contar los panes untados de manteca y de azúcar que guardaba en los bolsillos y que a veces, harto, cambiaba por bolitas o pinturas. De ahí que sus ojos verdes, líquidos, desaparecieran casi en la hermosa cara hinchada, y que los tres pulóveres bajo el guardapolvo le dieran el aspecto final de una pelota gris con pelo rubio. El Gato, en cambio, seguía tan flaco, alto y elusivo como la tarde en que llegó al Colegio, pero un poco más saludable, astuto y seguro de sí mismo, como si hubiera descubierto las reglas fundamentales que gobernaban la vida de la gente y aprendido a extraerles una sombría satisfacción.

Tiró el Gato de su manija y Dashwood de la suya, y mientras el cajón se alzaba lentamente, sintió el chico en cada hueso y tejido e incluso en la fugitiva memoria de pasadas dificultades, lo pesado que realmente era, cómo tiraba hacia abajo con el peso de la tierra o del pecado, de cualquier cosa que quisiera degradarlo y humillarlo.

Se mordió el labio y no habló y salieron al campo y la mañana con el cajón torcido,

una punta rozando el suelo porque el Gato era cinco pulgadas más alto y seguía creciendo mientras Dashwood arqueaba el cuerpo con pasos de cangrejo, hasta que el otro dijo:

—¡Eh, más arriba!, dando a su manija un sacudón maligno que volcó un bloque de sémola sobre el botín del chico, quien ya gritaba:

—Qué haces, boludo, y el Gato volvió a sonreír, mostrando sus dientes manchados, una sonrisa abominable en la cara sembrada de astucia. Y ahora Dashwood sintió desgarrarse lentamente, como una tela podrida, la piel de los dedos atacados de sabañones que ni el agua caliente en la enfermería ni el jugo de cascara de mandarina en los rituales secretos de la comunidad habían podido curar. No quiso mirarse, temeroso de ver el líquido amarillento con, tal vez, un toque de sangre, que rezumaría de la piel.

Dejaron atrás y a la izquierda el tanque de agua, atrás y a la derecha la cancha de paleta y llegaron al primer camino de tierra que Dashwood aprovechó para descansar la carga y observar la mano dolorida donde sólo vio entre los nudillos un breve corte rojo y seco como mica. Pensó que podrían cambiar de lado, pero al cotejar las treinta yardas que habían recorrido con la extensión de campo nebuloso que los separaba de la meta, desistió. El Gato lo miraba como si fuera un montoncito de bosta.

—¿Esperamos a alguien? —dijo.

Cosa que Dashwood negó, encogiéndose de hombros mientras reanudaban la carga y la marcha, internándose en el campo pelado de hurling continuo a la huerta donde otro grupo de chicos cavaban y sembraban papas, las manos negras de barro y las caras violetas de frío, riendo y bromeando sin embargo, sus gritos ahogados y opacos en el aire opaco. Y cuando estuvieron más cerca, vieron a Mulligan que parecía esperarlos, los brazos en jarras, un gesto indescifrado en la cara picada de viruelas, mientras los miembros del grupo descansaban apoyados en sus palas y una expectativa irónica crecía a su alrededor como en la víspera o la necesidad de una renovada confrontación entre el viejo orden que era Mulligan y el abominable intruso que llamaban el Gato, castigado pero indómito desde su memorable arribo al Colegio.

—Eh, Gato —dijo Mulligan—. Eh.

El Gato siguió caminando, llevando con soltura su lado del cajón, con apenas un movimiento lateral del ojo, de la boca o de ambos, una oculta tensión del largo cuerpo.

—Toma una cosa —dijo Mulligan, que sobrenadaba ahora en el secreto regocijo de los demás, en sus risas sofocadas—. Eh, Gato.

Y de golpe había en su mano una papa grande y terrosa, que de golpe estaba hendiendo el aire en dirección al Gato que meramente se esquivó en un movimiento tan fácil y natural y breve o simple que apenas pareció moverse mientras la papa silbaba a su lado y se estrellaba en la cara de Dashwood:

Quien ahora maldecía con todas sus fuerzas y tomando el botín de fútbol corrió en pos de Mulligan sin esperanzas de alcanzarlo entre las risas y gritos de chacota de todos mientras Mulligan con las manos en las orejas fingía una liebre asustada, hasta que al fin se cansó y enfrentándolo abiertamente grande y poderoso, dijo:

—Bueno, tira.

Dashwood tiró en un gesto fútil y exhausto, erró el cercano blanco por más de dos yardas, y no le quedó otra cosa que volver, jadeando y renegando, al cajón de la basura donde el Gato no se había movido ni reído, ni dicho una palabra, indiferente y gris en la mañana indiferente y gris.

Y ahora, mientras caminaba, el chico sentía un continuo manantial de compasión que surgía en su interior como agua tibia, curando cada dolor y secreta herida inscriptos en el tiempo que podía recordar, y de algún modo igualándolos a todos, los sabañones de las manos y la muerte de su padre, y cada cosa que perdió y cada ofensa y cada despedida mez clándose en el futuro con la total soledad y tristeza de su muerte, que se ría la cosa más triste de todas, al menos para él. Y el Gato mirando de soslayo notó que el chico lloraba despacito o que, sencillamente, lágrimas iban resbalando por su cara a juntarse con el flujo de la nariz y el aliento brillante de la boca: cosa fea de ver esa hermosa cara hinchada y sucia con el chichón de la frente cada vez más grande y azulado. Pero el Gato no dijo nada porque atesoraba en su corazón la memoria de aquella noche en que fue perseguido casi hasta la muerte, y el pequeño Dashwood era uno de ellos. Así vendrían todos a caer, incluso Mulligan, que empezaba a tenerle miedo a pesar de sus bravatas.

La idea alegró tanto el corazón del Gato, que en un brusco arranque de exultación marcial y anticipo del futuro comenzó a silbar la marcha de San Lorenzo.

Tras los muros del histórico colegio, Scally y Ross habían encontrado la única línea recta en que cabían cincuenta cabeceras de camas, Murtagh sonreía como un mono a su propia cara que realzada a fulgores de moneda le sonreía desde las profundidades de un bronce lustrado hasta la demencia, y Collins aplicaba una sopapa de goma a un reticente agujero de letrina, meditando en cómo su oficio se vería perjudicado durante muchos días por los severos corolarios del banquete.

En el pequeño Dashwood, el esfuerzo de la carga y de la marcha había reflatado sobre la tristeza metafísica con la fuerza de la insumergible actualidad. Una y otra vez pretendió cambiar la mano de posición en torno a la manija de cuero, no sentirla como un alambre que le cortaba la piel y la carne y le llegaba hasta el hueso. Cuando lo asaltó esta idea intolerable, se paró, abandonó un momento el cajón y se miró: la palma no estaba cortada, pero los nudillos sangraban en una forma tonta y acuosa que no era verdadera sangre, sino algo enfermizo, espectral. Fue entonces que propuso formalmente cambiar de lado, y el Gato se negó con un movimiento de cabeza.

—¡Pero no doy más!

—Joderse —repuso estoicamente el Gato.

De modo que Dashwood buscó un pañuelo en sus bolsillos, y envolviéndose la mano con él tornó a alzar el cajón, sintiendo que al próximo paso no podría resistir el dolor desgarrante en el hombro, el estiramiento de los huesos mismos del brazo. Pero aguantó. Lágrimas y mocos se habían secado en su cara endureciéndole la piel. Caminaba en una especie de vigorosa ensoñación, mirando los manchones de niebla que surgían y se disipaban alrededor de sus botines Patria, sintiendo el paso mojado, blando, susurrante que se hundía bajo las suelas y recuperaba despacio su arrastrada forma, amándola, deseándola y peleando por ella aun bajo el peso de repentina

catástrofe, como él mismo era capaz de hacer, estaba haciendo.

Alamos desfilaban a la derecha, desnudos, flacos y tristes, y Dashwood los veía pasar en la esquina del ojo, pero aún miraba el suelo, las rociadas estrellas de las ortigas, las absurdas florcitas de los macachines, las espirales de la bosta de vaca y los caminos de las hormigas, prolijos y nítidos en el pasto diezmado por las heladas. Pero el aire se volvió dulce cuando atravesaron un trecho de yerbabuena, y de golpe fue verano en su memoria, se bañaba desnudo en el río con los chicos del verano, y la voz de su madre lo llamaba musicalmente en el crepúsculo:

—¡Horaaacio!

—Ya voy —dijo.

—¿Qué? —gruñó el Gato.

En el patio el niño Mullins, armado de un largo espetón de hierro, pinchaba el último papelito del último charco en las lajas de pizarra que ahora brillaban lisas bruñidas y listas para recibir a los obreros que hubieran concluido sus tareas del día. El padre Keven se paseaba por el claustro, contemplando el edificio, gozando de su limpieza y la limpieza de su mente a esta temprana hora, cuando su úlcera estaba tranquila después del reposo nocturno, meditando en la ascética belleza de cada piedra gris empinada en cada piedra gris hasta confundirse con el cielo de peltre. Después oyó al celador Kielty tocar las primeras campanas, y los dignos trabajadores que habían sido lo bastante rápidos, pero también lo bastante eficientes, se volcaron al patio y recrearon los rituales de la apuesta y el desafío, de la prepotencia y la hostil amistad, de la charla absurda y la pres-tidigitación milagrosa: flamantes hallazgos en los espírituos individuales, viejos sedimentos en el viejo corazón del pueblo. En quince minutos más, empezarían las clases.

Llegaron al segundo camino de tierra, habían andado la mitad de la distancia al basural que se divisaba como una lengua marrón detrás de los cipreses, y ahora el Gato mismo pareció sentir el esfuerzo porque apoyó el cajón y se quedó en actitud de reflexionar. Unas cien yardas a la izquierda, corría perpendicularmente otro camino. Y enfrente, un rastrojo de maíz que podían cruzar en línea recta.

—Por aquí —decretó el Gato señalando el rastrojo.

El chico vio instantáneamente lo absurdo que sería caminar entre los tallos secos del maizal que se erguían duros, vidriosos y amarillos en sus túmulos de tierra entre los empapados surcos, pero el Gato parecía tan seguro de sí mismo, tan concentrado, la mirada de sus ojos volando casi como un halcón, tendiendo un puente entre ellos y su meta detrás de los cipreses, que no tuvo ánimos ni fuerza para oponerse ni lo hizo salvo en una forma oblicua, empujando despacio hacia la izquierda desde su primer paso, en la vana esperanza de que finalmente llegarían al camino. Y esto el Gato lo entendió, previno, mediante un solo significativo empujón hacia el lado opuesto.

Los tallos y las chalas crepitaban bajo sus pies, el suelo escupía chisquetes de barro y una o dos hojas sueltas latigearon a Dashwood debajo de las rodillas. Tropezó una vez, luego otra, después de andar a los tumbos se volvió tan metódico que parecía su forma corriente de moverse, hasta que cayó de cabeza en una zanja y cuando se levantó ciego de barro y de furia, simplemente se lanzó sobre el Gato y empezó a aporrearlo, sin llegar jamás a su alta cara aborrecible, a través del muro de sus

brazos, a tocar cosa alguna que no devolviera el golpe con triplicada fuerza, hasta que salió patinando y despedido como un cachorro de las patas de una mula. Cuando reanudaron la marcha, sin embargo, el Gato tomó el lado de la derecha y enfilaron oblicuamente hacia el camino de tierra.

Los quince minutos de recreo habían terminado. La sabiduría esquivada y trabajosa aguardaba a los ciento treinta irlandeses en los bancos de madera. El celador Kielty, de quien se murmuraba en secreto que enloquecía poco a poco, vio a los maestros parados en los arcos de los claustros, frente a sus aulas. Su pelo rojo brillaba y su bigote rojo brillaba, y un fuego incesante ardía furiosamente en su cerebro. Pero su única Misión, a esa hora, consistía en tocar la campana por segunda y última vez.

Los chicos corrieron a las filas. El Gato faltaba de sexto grado, y Dashwood de cuarto, aunque eso estaba por descubrirse todavía. Dashwood creyó oír el tañido lejano que llegaba en el aire dulzón, hablándole con tibia voz humana que sólo él conocía, y una vez más respondió:

—Voy, terminando de irritar y de asustar al Gato, que ya dijo:

—Acabala, querés, pero al pequeño Dashwood el Gato había dejado de importarle.

En el último alambrado había una gran telaraña con centenares de gotitas y en el brillo de cada una cabían las arboledas, el campo, el mundo. El Gato la pateó en el centro, el agua cayó en breve chubasco sobre el pasto, y la araña gris trepaba hacia la nada en un hilo invisible. Pasaron entre dos cipreses: el basural estaba a la vista, su indiferente escoria, su pacífica ignominia. Pisaron las primeras botellas y latas enterradas, papeles amarillos y recuerdos de comida terrestre vuelta a la tierra, y mientras vaciaban el cajón de la basura, oblicuo, poderoso y lleno, algo se vaciaba también en el corazón de los chicos, influyendo lentamente, chorreando en sordo gorgoteo.

Y cuando eso estuvo hecho, el pequeño Dashwood no miró siquiera al Gato sino que empezó a alejarse de él y del basural y del colegio. Sin prisa caminaba entre los tardíos visitantes de la niebla que un viento repentino disipaba a su alrededor, dejando atrás las apacibles vacas, hacia una franja de cielo que se iba volviendo azul en la distancia. Ignoraba dónde estaba, no conocía los puntos cardinales, no había ningún camino a la vista, pero sabía que se estaba yendo para siempre.

El Gato encendió un pucho, metió las manos en los bolsillos y desde lo alto de la pila de basura contempló al chico que se iba, volviéndose más chico todavía.

—Eh, dijo.

Dashwood no se volvió, y el Gato dio unas pitadas más mientras una mueca fea, envejecida, se formaba en su cara.

—¡Eh, idiota!

Pero el pequeño Dashwood balbuceaba una canción que nadie le enseñó y caminaba hacia su madre.

El Gato saltó tras él, y en pocos segundos lo alcanzó, lo tomó del brazo, lo obligó a darse vuelta.

El fugitivo lo miró sin miedo.

—Déjame tranquilo —dijo.

Entonces el Gato hizo algo que no quería hacer. Metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo y empezó a desatar el nudo que guardaba su única fortuna: tres monedas de veinte centavos. Y mientras desataba el nudo, sintió que estaba desatando en su interior algo que no entendía, acaso turbio, acaso sucio. Se guardó una de las monedas, dio las otras dos al chico que las tomó y siguió su camino sin darle las gracias.

Y después el Gato, el sobreviviente, el indeseado, refractario, indeseante, volvió al cajón vacío, lo tomó y cargó al hombro y emprendió el regreso, ajustando la expresión de su cara al gesto del edificio alto, desnudo y sombrío que lo estaba esperando.